

Dios (1), y ser participantes de su divina naturaleza (2). Con relacion á los demás hombres, nos dice que todos somos hermanos, que todos pertenecemos á un cuerpo (3); que todos somos iguales ante Dios (4). Las diferencias sociales en nada alteran esta unidad de principio. La sociedad, por la fe, es una reunion de hermanos enlazados por su origen, por su amor y por su destino. ¡Cuán noble, cuán humanitaria es nuestra fe!

Ella aparece tambien luz hermosa que aclara el porvenir, dándonos la esperanza y el consuelo. El hombre, dice, está destinado á una felicidad noble, racional y eterna; gozará de una paz inalterable, de una gloria inmensa; gozará de Dios. Dios, su gloria y su amor serán su premio (5); el premio de la virtud y de los sacrificios con que se alcanza. Dios, enjugando las lágrimas del hombre (6); Dios, alimentando para siempre el alma con el conocimiento de sí mismo, verdad eterna; con el goce de sí mismo, bien eterno (7). ¡Qué idea más noble, más pura, y de mayor efecto sobre la razon y la voluntad, para conducir las almas al heroismo de la virtud! Dios, apartando de sí para siempre, bajo el peso de una maldicion eterna, al que obra el mal y no ama á su hermano, y no se alimenta del manjar suave de la virtud (8). ¡Qué idea tan poderosa para arrancar al hombre del camino del mal! Hé aquí, pues, la fé; hé aquí la verdad católica; hé aquí la noble inspiracion de nuestra religion augusta,

(1) Joann. I, 12.

(2) I ad Corinth. XII, 13.

(3) Ad Rom. X, 12.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Apoc. XXI, 4.

(6) Id. id. 6, 7; Ps. XV, 16; Ps. XXXV, 9.

(7) Matth. XXV, 41, 42, 45.

(8) II Petr. I, 4.

¿Quién no la admira, quién no la ama con todas sus fuerzas, y se deja gobernar por ella?

Perdonadme, Señores, si me he extendido demasiado en esta demostracion. No os tengais por ofendidos; yo no abrigo la menor duda acerca de la pureza de vuestros sentimientos religiosos, y de la sinceridad de vuestra fe. Pero, bien lo sabeis: en este siglo materialista, en que el génio del mal trabaja tan empeñadamente y por tantos medios en deprimir y oscurecer, ya que no le sea dado apagar como quisiera, la brillante antorcha de la fe católica, dando al hombre por única regla su razon degenerada, digamos mejor, sus pasiones, deber es del ministro del Evangelio preservar al pueblo fiel del error, demostrándoselo; y atraer y volver al desgraciado, víctima de él, al redil del buen Pastor; vindicando los fueros de nuestra Religion sacrosanta, y valiéndose al efecto de las confesiones arrancadas, mal de su grado, por la fuerza irresistible de la verdad, á los doctores más funestamente célebres por su incredulidad práctica y por su odio al catolicismo. Perdonadme, repito, y dignaos seguirme en el exámen del misterio de la fe por excelencia, del misterio Eucarístico, que perpetúa la presencia de Cristo en la tierra para alimento de la fe.

## SEGUNDA PARTE.

¿Qué es la sagrada Eucaristía? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Hé aquí el dogma católico. ¿Deseais saber el por qué de este Sacra-

mento? San Juan nos lo dice: «Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (1).» Lo dijo la Palabra eterna por boca del Sábio: «Mis delicias, estar con los hijos de los hombres (2).» El amor es el principio y la causa de esta maravilla. ¿Deseais saber para qué? También lo sabemos; Jesucristo lo dijo: «Es la hora de volver al seno de mi Padre (3); pero no os dejaré huérfanos (4): estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos (5).» ¿Cómo lo realiza? El Evangelio lo explica: Sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos (6), es decir, conecedor de su Omnipotencia, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo da á sus discípulos diciendo: «Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado y sacrificado.» Hace lo mismo con el cáliz, diciendo: «Tomad y bebed: esta es mi sangre, que por vosotros será derramada (7). Haced esto mismo vosotros en memoria mia.» ¡Qué palabras tan sencillas, tan claras, tan espresivas!

Pero ¿cómo el pan se convierte en el cuerpo de Jesús, y el vino en su sangre? ¿Cómo está allí presente? ¿Cómo? Hé aquí el misterio; hé aquí el secreto de Dios; hé aquí el lado oscuro de la sublime verdad. Aquí se detiene la flaqueza de nuestra razon. Si supiéramos el cómo del misterio, nos igualaríamos á Dios. Para pasar adelante se necesita la fe. Es un misterio de fe (8); solo

(1) Joann. XIII, 1.

(2) Prov. VIII, 31.

(3) Joann. XIII, 1.

(4) Id. XIV, 18.

(5) Matth. XXVIII, 20.

(6) Joann. XIII, 3.

(7) Luc. XXII, 19, 20.

(8) *Mysterium fidei.* (In verbis consecrat.)

con ella se alcanza; pero ¿tenemos razones para creer que es cierto lo que se nos dice? Si alguna cosa hay cierta en este mundo, Señores, es la verdad de este misterio. Siendo la más sublime de las sublimes maravillas de Dios en el orden de la redencion, es la que más veces se simboliza y figura en las relaciones de Dios con el antiguo pueblo. Dispensadme, por la brevedad, de recorrer estos símbolos; esto solo absorberia el tiempo de más de un discurso. Dispensadme también del exámen de palabras de antiguos filósofos, que conservando alguna luz de las tradiciones primitivas entre las sombras del paganismo, dan testimonio de la fe, del deseo, de la esperanza universal de este misterio. Fijémonos solo en la conducta de Jesucristo.

Un año antes de su muerte, tomando ocasion del milagro que obrára multiplicando los panes para alimentar á las turbas que le seguian, anuncia claramente esta obra estupenda de su poder y de su amor. Ofréceles un pan nuevo bajado del cielo para dar vida al mundo; y les añade: «Ese pan soy yo mismo. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo os daré es mi carne para vida del mundo (1). Los judíos carnales murmuran, se resisten á creerle; y lejos de retractar Jesucristo lo que ha dicho, levanta más la voz y exclama: «En verdad os digo, que si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida. El que come esta carne y bebe esta sangre, tendrá vida eterna. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. Este es el pan que baja del cielo (2).»

Ya no son solo los judíos, son también los discípulos

(1) Joann. VI, 51, 52.

(2) Joann. VI, 54, 55, 56 y 58.

los que se niegan á creerle; pero tampoco por ello se detiene en su discurso, ni disminuye la dificultad que ellos encuentran, sino que aumentándola, añade: «Si esto os escandaliza, si no creéis que os daré mi cuerpo estando en la tierra, ¿cómo lo creereis, cuando me veais subir al cielo? (1) «Muchos le abandonan al oírle; y volviéndose Jesús á sus discípulos, les dice: «¿Y vosotros también quereis dejarme?» (2) Como si les dijera: ya me habeis oído; os he anunciado un misterio: ¿creéis ó no? ¿Quereis imitar el ejemplo de los demás, ó seguirme dóciles á mi palabra?

¿Es esta, Señores, la conducta de un impostor, que trata de seducir á las turbas y ganarse al pueblo con engaños? ¿Quién no ve aquí la verdad eterna, que no transije, y que prefiere no ser recibida á modificarse en lo más mínimo? ¿Quién no exclama, como entonces San Pedro, en nombre de todos y en nombre de toda la Iglesia: «Señor, ¿á quién iremos si te dejamos á ti? Tú tienes palabra de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Cristo, Hijo de Dios (3).» Hé aquí la fe. No comprendemos el misterio, pero sabemos y creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios omnipotente, que puede hacer lo que dice; es Dios, bondad infinita, que hace lo que promete; y esto nos basta.

¡Qué palabras tan sublimes! Ellas dan razon de la fe de la Iglesia; y esta fe se apoya en la tradicion constante de todas las Iglesias hasta el siglo decimosexto en que los protestantes se separaron de la fe comun; en el acuerdo unánime de todas las liturgias; en las pruebas contenidas en todos los ritos, ceremonias y símbolos; en los

(1) Joan. VI, 63.

(2) Id., 68.

(3) Id., 69, 70.

monumentos de los templos, de los altares y vasos sagrados; en todo el conjunto, en fin, del catolicismo, que converge hácia la Eucaristía como á su centro, y que sin este misterio no se comprende ni puede existir. El católico cree lo que siempre ha creído la Iglesia; la Iglesia cree lo que creyeron los Apóstoles; los Apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo: «mi carne es verdadera comida; tomad y comed, este es mi propio cuerpo.» Y Jesucristo dijo esto, prefiriendo quedarse sin un solo discípulo, antes que cambiar el sentido de sus palabras. Para no creer, pues, es preciso negar á Jesucristo, como dice San Hilario (1). Solo los que le niegan dudan; porque es preciso negar que sea Dios para decir que no pudo obrar este prodigio. Lejos de nosotros toda duda, añade el mismo Padre (2), puesto que el mismo autor del don es el testigo de su verdad.

¿En qué fundará el incrédulo su resistencia á la fe de este misterio? ¿En que la razon no comprende? Recordad lo que dije en la primera parte. ¿Comprende la razon lo que es la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la digestion y la corrupcion, la luz, la electricidad, el magnetismo? La ciencia no hace sino acreditar la existencia de estas cosas, sus fenómenos, las leyes que siguen; pero su naturaleza nadie la sabe, y sin embargo nadie repugna creer en ella. ¿Por qué no hay la misma sumision al misterio religioso? ¿Tiene el incrédulo por imposible que la sustancia del pan ceda su lugar á la sustancia del cuerpo de Jesucristo? Nada hay, sin embargo, más ordi-

(1) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus. Contingat plane iis verum non esse, qui Christum verum Deum negant. (S. Hilar. de Trinit., lib. 8.)

(2) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (Id. Serm. 5 de Pascha.)

nario en la naturaleza que la transubstanciación (1). El agua de la lluvia se transforma en vino, en la viña; en aceite, en el olivo; en bellos colores, en la flor. Comeis pan, comeis frutos, dice un Padre de la Iglesia, y por el calor vital se transforman en otra sustancia; se convierten en carne, en sangre, en nervios. ¿Por qué negais, pues, al calor de la fuerza divina, lo que veis en el calor de vuestras entrañas? (2)

¿Creeis imposible que á un tiempo esté Jesucristo en muchas hostias? San Agustín os responde: «Como mi pensamiento está en mí, y sin salir de mí está en mi palabra, se encarna en ella, así el Verbo permanece en el Padre, y se comunica á la naturaleza humana, se encarna: y así como mi pensamiento único, vestido con mi palabra, formado por ella, sin separarse de mí, se reproduce todo entero en el entendimiento de cuantos me escuchan, así el Verbo del Padre, Jesucristo, se multiplica sin dividirse en todas las hostias consagradas.» ¿Puede la filosofía explicar esa multiplicación ideal del pensamiento del hombre? (3) ¿Dirá por fin el incrédulo, que

(1) In natura quoque satis similia reperiuntur. Certum est enim quod sunt quædam aquæ in quibus lignum convertitur in lapidem. (S. Thom., Opusc. 59, cap. 2.)

(2) Cum jecur sit callidum, molle, et laxum, ad se attrahit, et in sanguinem convertit.... alimentum in chilum conversum in ventriculo distribuens, in ipsoque in sanguinem conversum singulis membris commutatum, cujusmodi est illud: ossibus os, medullæ medullam, nervis nervum, etc. Eodem etiam pacto intelligas fieri nostrum mysterium.... Spiritus Sanctus descendit et supervenit in ea, quæ sunt proposita, et igne suæ divinitatis in corpus et sanguinem Christi panem et vinum commutat, non minus quam jecur alimentum in corpus cujusdam hominis. ¿An non concedis posse sacrosanctum Dei Spiritum idem præstare quod tuum jecur? (Samona discept. cum Acmed. Sarrac. de Sacr. Alt. — Vide etiam Div. Thom., Opusc. 59, cap. 2.)

(3) Ego qui vobiscum loquor.... cogitavi ante quid vobis dicerem. Quando cogitavi jam in corde meo verbum erat. Quæro illi sonum, quæro quasi vehiculum, quæ unde perveniat ad vos. Ecce audistis: quod est

los sentidos nos dicen lo contrario de lo que enseña la fe? Dejemos que conteste Santo Tomás: «Los sentidos no pueden atestiguar sino la existencia de los accidentes; y estos perseveran en el pan eucarístico: pero el juicio de la sustancia no pertenece á los sentidos; está fuera de su alcance; pertenece á la inteligencia. Ahora bien: los accidentes son separables de la sustancia, y esto es lo que la Omnipotencia Divina hace en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo está en ella en cuanto á la sustancia, no en cuanto á los accidentes. Lo que alcanzan, pues, los sentidos, no se opone á que exista esa sustancia, que en nada afecta á los sentidos (1); y como la filosofía enseña que la esencia, la sustancia y los elementos de los cuerpos nos son desconocidos, no sabemos, dice Balmes (2), si puede existir un cuerpo sin extensión, ni sabemos tampoco las modificaciones á que puede estar sujeta la extensión de un cuerpo con relación á otros. Añadid que la fe católica no enseña que el cuerpo de Cristo esté en la Eucaristía en un estado grosero y material, como los

in corde meo, jam est in vestro: in meo est, et in vestro est. Et vos habere cœpistis, et ego non perdi. Sicut Verbum meum assumpsit sonum per quod audiretur, sic Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videretur. (S. Aug., serm. 2 in Pasch.) Si hoc fit de Verbo sonante, ¿quid fit de Verbo Omnipotente? Quomodo enim vox ista nostra auribus omnium audientium singulis tota est, et apud singulos tota est; nec tot sunt meæ voces quod vestræ aures, sed una vox multas aures implet, non divisa, sed omnibus tota: sic cogitate Verbum Dei totum in cœlis, totum in terris, totum in angelis, totum apud Patrem, totum apud Virginem, totum in æternitate, totum in carne, etc. (Aug. de Trinit., lib. XV.) Hoc attende, quisquis es examinador sonuum. ¿Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis? (Id. in Joann., tract. 37, cap. 8.)

(1) Accidentia autem subjecto in eodem subsistunt, ut fides locum habeat, dum visibile invisibiliter sumitur aliena specie occultatum, et sensus à deceptione reddantur immunes, qui de accidentibus judicant sibi notis. (S. Thom., Opusc. 57, seu in Offic. Sacr. Corp. Christi.)

(2) Balmes, Filosofía fundamental, lib. 3, cap. 33.